

# Mariátegui y la Literatura

por Sebastián Salazar Bondy

El hecho de que en el enjuiciamiento de la literatura peruana, José Carlos Mariátegui, renuncie a ser imparcial y anticipadamente advierta de ello al lector, previene contra cualquier reclamo de impertinente objetividad. La honestidad del ensayista es así ejemplar. Como testimonio de acusación en un medio como el nuestro, tan proclive a los pactos, "El Proceso de la Literatura Peruana" es un magnífico documento de consecuencia y total pasión. Esa me parece una de las mejores lecciones de Mariátegui, no obstante que, a través de un centenar de páginas, la mayoría de las ideas del ensayista con respecto a las letras nacionales se hallan vigentes. Esa lección de honestidad crítica (que es, sin duda, lección de suma libertad, puesto que no excluye la posibilidad de una posterior rectificación) resulta todavía exótica en el Perú.

Acercarse a las ideas de Mariátegui sobre la literatura peruana es acercarse a la realidad y tocar con apremio lo que, por decididamente propio, nos conmueve e inquieta. Se está o no se está, según se lea aquel estudio, de acuerdo con las particulares apreciaciones o presentimientos de su autor, pero si la inclinación de quien lee es afirmativa, no podrá dejar de reparar que se halla en una corriente semejante en cuyos vados más amplios es posible coincidir casi absolutamente. Por ejemplo, de primera importancia es la prédica de Mariátegui sobre la necesidad del realismo y sobre la imperiosa urgencia que existe de sobrepasar al fin lo colonial y lo cosmopolita que, con alternado predominio, han prevalecido en la creación literaria del país. Fué el autor de "Siete ensayos" el primero que vindicó el derecho que nos asiste a los peruanos, a los americanos, de ser independientes también en el orden del espíritu. Afortunadamente, su inteligencia y su franqueza moral no admitieron que ninguna fórmula dogmática (y en un socialista dicha actitud no deja de ser excepcionalmente generosa) empañara o adulterara el esquema debajo del cual situó a nuestros grandes escritores. Garcilaso, Melgar, Palma, González Prada, Eguren y Vallejo recuperaron a su influjo el puesto que les correspondía en

la tradición cultural del Perú, en tanto que otros, juzgados con rigor insólito y necesario, sucumbieron a su demoleedor raciocinio. Lamento que no viera Mariátegui hasta qué punto Manuel Ascencio Segura fué leal a sus deberes de escritor de una época y una clase y que, en cambio, quizá por una pasajera exacerbación del gusto populista, Abelardo Gamarra mereciera tanto elogio de su parte. Tal error y otros menores, como por ejemplo la adhesión decidida a algunos de sus contemporáneos que no cumplieron la misión que él creyó que les estaba encomendada, deben atribuirse a su combativo ánimo de restaurar jerarquías. Mariátegui no encontró nada en su lugar, esa es la verdad.

Mariátegui inicia una etapa de ordenamiento y reestructuración de los valores dentro de la literatura peruana. Por eso entre "Carácter de la Literatura del Perú Independiente" de Riva Agüero —trabajo trascendental en su momento— y el ensayo de Mariátegui, se interpone la distancia que media entre el que mira el mundo como una imperfección respetable, y lo acepta así, y el que, a pesar de contemplarlo defectuoso, aspira a transformarlo. Entre una y otra situación, prefiero personalmente la segunda porque me invita a renovar y a renovarme, a existir.

La lectura de "El Proceso de la Literatura Peruana", con muchos de cuyos puntos de vista se puede estar en perpétua polémica, suscita protesta y adhesión, es decir, agita. Mas eso es lo que prueba que sus conceptos están vivos y nos abren innumerables posibilidades de ampliación y debate. Nada está adormecido en estas páginas de auroral peruanismo. Espléndidos o provisionales, los juicios anteriores a los del fundador de "Amauta" son pasado, letra muerta. Los de Mariátegui, por el contrario, se leen como pertenecientes a un incesante presente. Eso da la medida de su genial juventud, que constituye el fuego en el cual se abrasa ese "voto en contra" de la falsa tradición, que las nuevas generaciones literarias del Perú comparten cada día con más pasión. Actualidad que se traduce, sin esfuerzo, a la menor reflexión, en invencible porvenir.

16/4/55